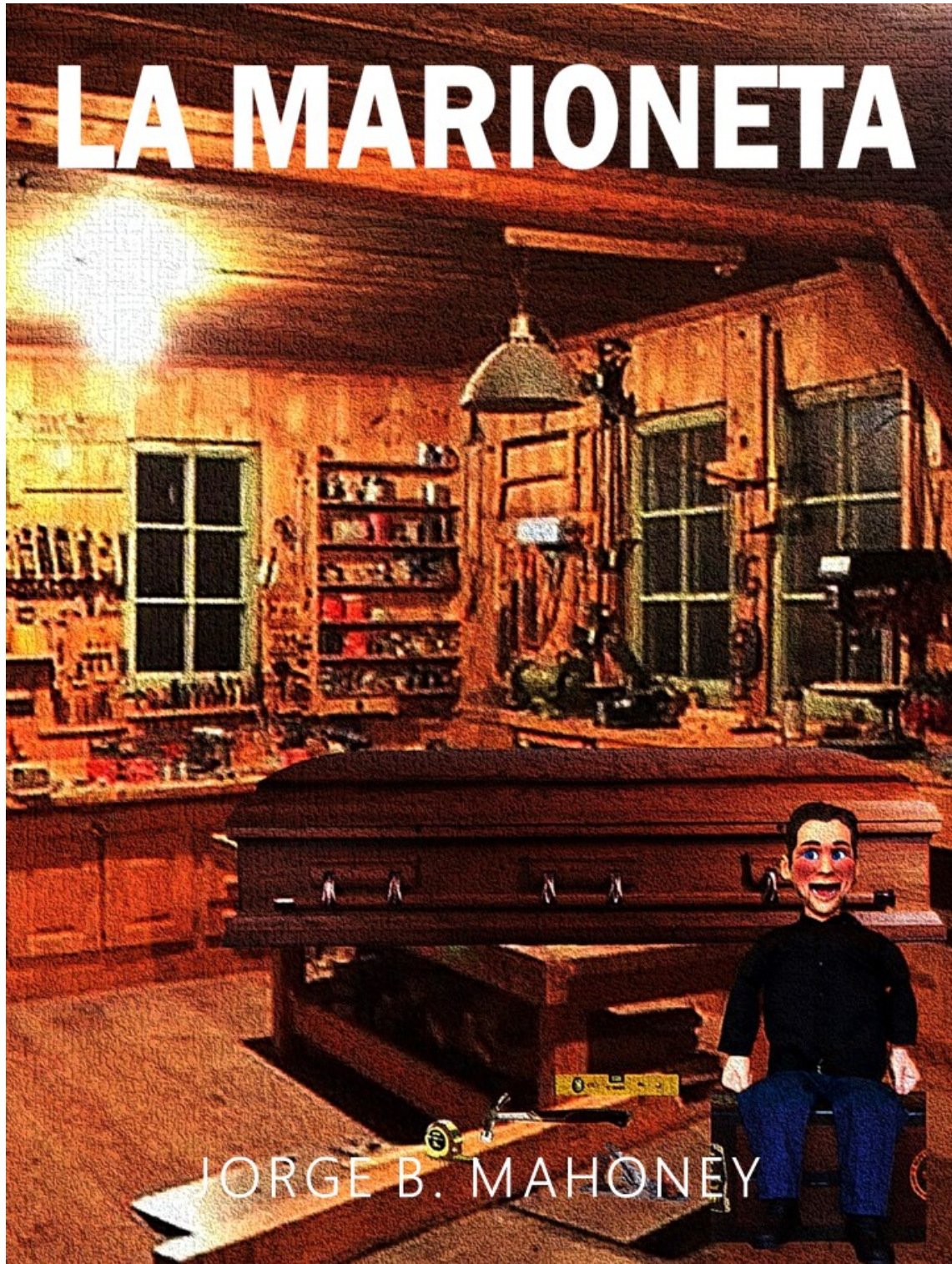


LA MARIONETA

Jorge Bucaran Mahoney



Capítulo 1

LA MARIONETA

PRÓLOGO

Los pacíficos pobladores del pequeño cantón de san Arrás sentían gran apego hacia el viejo Howard Brown, un melancólico ebanista que solía fabricar muñecos y marionetas en el pueblo para divertir a los niños. Cada habitante de aquel apartado rincón sabía acerca de la triste realidad que lo afligía.

Tal suerte de conexión afectiva para con el solitario carpintero era lo menos que podían sentir los gentiles vecinos de san Arrás. En toda aquella compasión y reciprocidad no solo contribuía el hecho de que se tratara de una comunidad minúscula donde todos se conocían, sino gracias también a que en cierto modo el frío paraje ha permanecido durante largo tiempo olvidado por las grandes urbes. Al quedar aislada entre las estribaciones de algún solitario valle montañoso, el reducido número de Arrasenses comprendía la necesidad de fortalecer la cooperación entre unos y otros...

Desde que Cathy Brown y su pequeño Bennie, de tan solo cinco años de edad, perecieron calcinados en el incendio que consumió casi hasta los cimientos su modesto taller de carpintería —especie de santuario familiar donde Howard trabajaba construyendo muñecos de madera para los niños de la comunidad— este ya no era ni la sombra de lo que alguna vez había sido. Simplemente el señor Brown había renunciado a seguir siendo feliz. Desde aquel trágico día, todo parecía haber terminado para el viejo carpintero.

Se rumoreaba que en una ocasión alguien lo escuchó en la iglesia peleando de rodillas con Jesús en la Cruz. Que por qué no le daba una señal. Le decía atribulado que estaba bravo con él y le había reclamado que si su suerte era lo más parecido a un castigo divino, por qué entonces no se lo había llevado a él en lugar de los más inocentes de todos. Howard Brown lamentaba no haber fallecido junto con su mujer y su hijo, y clamaba con vehemencia por la verdadera justicia del que salva.

A pesar del dolor que lo afligía, Howard Brown logró recuperarse a medias de aquella terrible pérdida. Si bien volvió a rehacer gran parte de la fachada exterior de su tienda, esta permaneció un largo tiempo con las puertas cerradas al público. Sin embargo, en ciertas ocasiones se le podía observar a través de las roídas cortinas en el aparador del taller, sentado

en medio de los escombros hablando a solas... con sus marionetas.

I

Pocas semanas después comenzó a escucharse un extraño rumor en el pequeño cantón de san Arrás que empezó a despertar cierta inquietud entre sus supersticiosos vecinos. Se decía que el señor Brown no solamente hablaba con sus marionetas a solas, si no que estos también le respondían.

No fue sino hasta algunas semanas después que la situación volvió a la calma, los rumores dejaron de escucharse y la apacible vida de sus pobladores regresó a la normalidad. Howard Brown se vio animado por la necesidad de rehacer su viejo taller de trabajo, levantándolo desde las mismas cenizas y teniendo en mente la idea de seguir fabricando sus muñecos de madera, los que él mismo solía tallar a mano, para distraer y llevar alegría a los niños de la comunidad.

Nadie se hubiera imaginado aquella insólita recuperación. Era obvio que de la venta de los juguetes de madera que fabricaba, más que todo de aquellas inocentes marionetas gobernadas por hilos, Howard obtenía su sustento para comer. Eso lo sabían los pobladores del valle. El lucro no era lo más importante para el señor Brown, ni mucho menos su negocio, pues como él mismo suele decir: "el esfuerzo de un trabajo ejecutado con nobleza, era la forma de compensación ganada a través de la excelencia" Para nadie era un secreto que el noble fabricante de muñecos tenía un compromiso para con los pequeñitos del poblado de san Arrás.

Fue por ello que el señor Howard reanudó sus actividades como el hábil carpintero tallador y ebanista que siempre había sido, y comenzó de nuevo a trabajar en sus marionetas. Todo aquel poblador que solía darse una vuelta por las tardes y pasaba frente a su humilde almacén, podía observar al bonachón del señor Brown a través de la ventana de su taller, sentado y trabajando en su nueva pieza de madera, o bien manipulando con una destreza casi mágica, los delgados hilos de sus muñecos con el único propósito de entretener a los niños de la minúscula comarca Arrasense.

II

El señor Brown acostumbraba salir muy temprano por las mañanas en busca de las mejores piezas de madera seca que pudiera encontrar en el bosque. En ocasiones esta escaseaba y no siempre podía encontrar las de mejor calidad para trabajar. Muchas veces solía decirles a los fascinados chicos, los que siempre aguardaban ansiosos para escuchar sus historias, que las maderas más duras por lo general se la daban aquellos árboles capaces de desprender sus hojas en otoño. Sin embargo, que las más suaves y obedientes las obtenía de los árboles más tercos y tacaños, de

aquellos cuyas porfiadas ramas se negaban a soltar la más pequeña de sus hojas.

«La sólida y resistente madera del nogal sirve para fabricar juguetes de larga duración, además, es capaz de soportar golpes muy fuertes. Es la madera perfecta para niños rudos —solía decirles engrosando la voz y haciéndoles un guiño de picardía al tiempo que les mostraba las enrojadas mejillas de su cara».

Pero como carpintero, Howard casi siempre prefería la madera del cerezo negro, porque aseguraba que era suave y fácil de trabajar, así como la de pino blanco, por su resistencia y duración.

«Estas son las mejores maderas para fabricar mis muñecos», aseguraba a los chicos, enseñándoles un trozo de esa madera cruda, tal cual como lo traía del bosque.

Sin embargo, luego de aquel doloroso accidente, con el transcurso de los años y cuando no estaba dándole vida a sus marionetas frente a los niños, Howard Brown se había convertido en un hombre melancólico y contemplativo, parecía como si nada era capaz ya de devolverle la felicidad que tiempo atrás poseía.

Cuando sus amigos más cercanos pensaron que había llegado el momento de hablar con él y explicarle que la resignación tenía que haber hecho su trabajo, de manera que entendiera que ya había transcurrido tiempo suficiente como para que aquellas dos viejas heridas hubiesen sanado, comenzaron a visitarlo de nuevo en su taller con la idea de que supiera que no estaba solo. En ocasiones, advirtiéndole que no salía de su aislamiento voluntario, estos llegaron a insinuarle que era tiempo de que se buscara una mujer para compartir la soledad en que vivía, asegurándole de que aún era joven como para rehacer su vida, incluso que podría tener otro hijo que iluminara su vida. Sin embargo, Howard solo se limitaba a sonreír, no pudiendo disimular la tristeza que lo embargaba. Ninguno de aquellos consejos lo estimulaban a que buscara en Arrás una nueva compañía. Howard prefería encerrarse con sus recuerdos y ver transcurrir sus años en soledad, hasta que llegara el momento de que Dios se apiadara de él y lo reclamara desde donde quiera que estuviera.

—¿Tu no crees Howard, que desde el cielo Cathy estará deseando que encuentres a alguien que te quiera para que puedas ser feliz? Eso no es un pecado —insistió Jim, su mejor amigo de infancia—. Si yo estuviera en tu lugar me lo pensaría bien.

Howard tan solo contemplaba a su amigo con la mirada perdida,

pensativo, como si lloviera.

—Estoy seguro de que en algún lugar del valle hay más de una buena mujer esperando por ti y dispuesta a darte un hijo. Aún estás a tiempo, compañero. De ninguna manera eso quiere decir que tengas que olvidarte de Cathy ni de Bennie.

—¿Quién dice que yo necesito encontrar a alguien más para compartir mi vida? Puedo seguir haciendo lo que me gusta sin ayuda de nadie.

—Pienso que Jim tiene razón, Howard. Todos estos años... tu mirada ha perdido incluso el brillo de antes. ¿No crees que deberías considerarlo por lo menos? —sondeaba Eva, otra amiga conocida, con la idea de que su opinión pudiera hacerlo cambiar de parecer.

—Deberías escucharla, Howard. Aún tienes una vida por delante.

—¿Qué respondes a eso? Tienes todo el derecho a darte una segunda oportunidad, amigo. Es tu soledad la que nos preocupa a todos. Trabajas demasiado, y créeme, tarde o temprano terminarás enfermándote.

—¿Mi soledad? Pero si soy muy feliz viviendo de esta manera —evadía Howard—. Además, tengo la compañía de todos mis hijos de madera, ellos saben cuidarme. ¿Para qué querría tener a alguien más haciéndome compañía?

Aunque Howard buscaba esquivar todo el tiempo a Eva y Jim con las mismas evasivas, sus amigos de toda la vida consideraban que aquella excusa no era sino un argumento por demás egoísta para consigo mismo. Pero Brown, que pensaba muy diferente a ellos, era de los hombres que preferían a una sola mujer, la mujer que lo había querido con todos sus defectos y con los pocos aciertos que podía tener. Que su solo recuerdo era capaz de mantenerlo vivo sin necesidad de alguien más para compartir el resto de su vida. En ese momento Eva cruzó una mirada furtiva con Jim, y por un instante estuvo casi a punto de hacerle una proposición a Howard. Aunque Jim parecía haber sospechado de las sanas intenciones de su amiga, igual la tomó del brazo e hizo un guiño inteligente para no seguir invadiendo su intimidad. Es posible que aquello no resultaba ser una buena idea, acaso algo apresurada, pero podría terminar por herir a Howard más de lo que ya estaba.

—Mejor déjalo, Eva —susurró Jim, haciéndole un leve cosquilleo en el brazo—... Tal vez Howard reflexione sobre todo lo que le hemos dicho en un par de días o más. Mejor vámonos.

—Bueno, amigo, te dejamos para que lo pienses —observaron Jim y

Eva despidiéndose de él—. Nos vemos pronto, ¿sí?

El señor Brown no tenía el menor interés en llevar a cabo lo que sus amigos le habían dicho. Por el contrario, solo pensaba en trabajar en su taller y cambiar cada tarde de posición a sus diferentes muñecos dentro del aparador.

—Me duele tanto saber por lo que está atravesando. Ya casi no habla con nadie —dijo Eva—. Se va a enfermar, el pobre.

—Te entiendo mujer, pero no pierdas cuidado. Estoy seguro de que Howard no se va a pasar el resto de su vida encerrado entre las únicas cuatro paredes de su taller y hablando solo con sus marionetas.

—Tal vez tengas razón, Jim, es solo que siento pena por él.

—Es muy difícil vivir sin tener a una persona que te haga compañía, sobre todo en un rincón tan apartado del mundo. No dudo de que tarde o temprano conocerá a alguien que lo sepa querer como lo hizo Cathy.

El señor Brown cerró su taller temprano esa tarde, demasiado temprano, y aunque no regresó a correr las cortinas de la vitrina de exhibición, donde todos los días solía realizar el acto con sus títeres, tampoco abrió en la tarde, ni los tres días siguientes.

III

Una fría mañana, Eva llamó a Jim algo extrañada para decirle que las cortinas de la tienda de Howard aún permanecían cerradas y que lo había visto de lejos muy temprano empacando algunas cosas en su carreta, al parecer estaba preparándose para salir de viaje. Ambos pensaron que sería buena idea hacerle una nueva visita después de desayunar, sin embargo, una vez que tocaron a su puerta nadie abrió.

—¿Crees que Howard regresará para abrir su taller en la tarde, Jim? Ahora que lo pienso, tampoco lo he visto trabajando últimamente —supuso Eva al ver que su amigo mantenía la puerta del almacén cerrada y que las luces se veían apagadas.

—Es raro, por lo general deja un aviso para que sepan que ha salido. Quien sabe, quizá haya ido al cementerio. Howard es algo impredecible.

—Pareciera como si se hubiese estado preparado para hacer un largo viaje. No estoy segura, pero me dio la impresión de haberlo visto vestido con sus botas y llevaba un abrigo pesado. Tal vez piensa marcharse para siempre.

—Descuida, Eva. Es poco probable que se marche del pueblo. Sus recuerdos están enterrados aquí.

—Me pregunto, ¿a dónde estará pensando ir con este tiempo?
—especuló, mirando en dirección de las montañas.

—Me temo que está escaso de madera y tal vez se dirija a los bosques. Quien sabe, o puede ser que quiera ir al valle una vez más. Recuerdo haberlo acompañado un par de veces para ayudarlo a traer algunas piezas. Se quejaba porque decía que ya no abundaban los “árboles nobles”, como suele llamarlos. Bueno, a veces es algo excéntrico.

—No entiendo, ¿para qué ir de nuevo si piensa que la madera escasea?

—No sabría decir... Aunque es posible que esté pensando viajar más lejos esta vez, para tratar de encontrar la madera que necesita y continuar tallando sus muñecos. Pobre Howard, con el tiempo que se avecina pienso que debió esperar un poco. Espero que encuentre un buen refugio para acampar, de seguro la noche lo cogerá nevando.

—Me hubiese gustado llevarle una manta.

IV

La comarca de san Arrás estaba confinada entre dos ríos próximos que la cerraban dentro de un valle montañoso, el mismo que daba nombre al cantón. En realidad se trataba de un poblado pequeño que contaba con pocos habitantes. Al no haber suficientes familias jóvenes allí establecidas y que tuvieran niños, era de suponer que tarde o temprano las ventas de los muñecos que tallaba Howard —el único medio del que vivía— irían en picada. A menos que pudiera realizar alguna modificación a sus marionetas que conllevara a nuevos cambios.

A eso de las cinco de la tarde, luego de una cena ligera, mientras daban un corto paseo, Eva y Jim se encontraron con un aviso que el señor Brown había dejado colgado en la puerta de su viejo taller. Anunciaba que cerraba por unos días, puesto que iba a los bosques que estaban al pie de las montañas en busca de la madera que necesitaba para trabajar.

—¡Vaya!, pues sí que es impredecible nuestro amigo, Howard —dijo Jim—. Quiere decir que regresó y volvió a salir.

—Espero que esta vez haya salido bien abrigado —dijo Eva mirando hacia las montañas de nuevo.

Jim consultó la hora en su reloj y se detuvo pensativo.

—Espera un momento: ¿Por qué escogería salir tan tarde...? No parecen cosas de Howard.

Lo que Jim le había dicho a Eva era cierto. A falta de madera de cerezo negro, su amigo necesitaba encontrar por lo menos algunas buenas piezas de nogal. El problema estaba en que el exceso de humedad que había en los bosques, debido a las constantes lluvias, hacía que no consiguiera madera con la calidad que necesitaba.

Buscando ganar un día de camino y aun habiéndose marchado lo más temprano que pudo aquella tarde, Howard no pudo continuar su viaje más allá del valle, donde se hallaban ubicados los ricos bosques que había sobre la ladera oeste de Arrás, puesto que la única mula que tiraba de su carruaje murió después de ser mordida por una serpiente venenosa, no pudiendo por lo tanto completar la jornada ni recolectar la madera que tanto estaba necesitando. Howard se vio forzado a tener que regresar dos días antes de lo previsto. Sin embargo, la noche antes de su salida sucedió algo inusual. Mientras se disponía a dormir bajo su carreta, se inició una extraña nevada que amenazaba con ponerse peor.

Dos horas más tarde, Howard despertó en medio de una tormenta de nieve que parecía haberse desatado de la nada. De pronto creyó distinguir la forma de una silueta que venía moviéndose a lo lejos.

«Tal vez se trata de un alce solitario —pensó afinando la vista y haciendo el intento de ver mejor—, o quizá solo sea un árbol... Quien sabe».

Howard volvió a echarse bajo su carreta y buscó refugiarse bajo la lona maltrecha que traía detrás. Cuando el sol comenzaba a desaparecer en el difuso horizonte, un hambriento y cansado anciano, itinerante del camino, surgió de la nada en medio de la espesa tormenta de nieve. Howard salió a su encuentro e invitó al hombre para que se cobijara bajo la carreta, dándole algo de comer y ofreciéndole un cálido lugar donde dormir y pasar la gélida noche abrigado con su lona. A pesar de la terrible nevada, esa noche el cielo no era gris ni hacía frío como sería de esperarse, por el contrario, era oscura como la boca misma de un lobo y había millones de estrellas maravillosas que iluminaban todo el firmamento. Howard Brown contempló incrédulo el momento en que la huracanada tormenta precipitaba una borrascosa que en ningún momento llegó a mojar la tierra y con vientos clandestinos que ni siquiera agitaron las llamas de la débil hoguera que había improvisado bajo la carreta. El señor Brown jamás había visto nada igual en toda su vida. Howard, quien era un hombre poco versado en el arte de la palabra, le estuvo hablando al extraño toda la noche sobre la generosidad de la madera y de los niños a quienes entretenía con su trabajo, sin embargo, nada mencionó al

anciano acerca del dolor que albergaba en silencio en su corazón. Aquel misterioso itinerante, peregrino del camino, escuchó toda la noche sus palabras, y mientras hablaba lo miró con dulzura. En qué momento llegaron a conciliar el sueño, fue algo que Howard nunca supo, pero para cuando la mañana se hizo presente, el señor Brown notó que la nieve había desaparecido no solo alrededor de su vieja carreta, sino a lo largo de todo el valle. Esa soleada mañana, después de haber compartido de nuevo su pan y toda la miel que le quedaba, Howard se preparaba para dejar atrás la hondonada. Agradecido por su compañía, el enigmático caminante le dio las gracias obsequiándole un grueso y alargado tronco de madera, tan pesado como un tonel repleto con vino, además de un peculiar trozo de tela envejecida.

—Aquí termina mi camino, buen hombre. Me urge regresar al otro lado del valle —dijo el viejo peregrino—. Solo te pido que lleves este pesado madero para que lo puedas esculpir en tu taller. Será un gran compañero hasta el último de tus días.

Sorprendido por lo extraordinariamente pesado, pero a la vez denso y suave de aquella extraña pieza de madera, Howard prometió que así lo haría. Recogió entonces el madero del suelo y al darse vuelta para despedirse del anciano, el hombre ya se había marchado. Durante largo rato estuvo examinando aquella curiosa sección de madera.

«Me gustaría saber de qué lugar del valle la habrá conseguido —se preguntó Howard—. ¿Cómo pudo el anciano llevar auestas un tronco tan pesado como este?, no lo entiendo».

Habiendo recogido lo único que podía llevar consigo, el señor Howard Brown al fin emprendió su jornada de regreso, arrastrando el pesado poste durante todo el camino.

Una vez que llegó a san Arrás, se tomó toda una semana para pensar antes de comenzar a trabajar en su taller. Cada día que pasaba, el señor Brown se dejaba seducir más y más por aquella extraña pieza de madera. Transcurridos siete días, advirtió con asombro que el tronco era tan liviano como una pequeña rama de nogal, por lo que Howard se encerró en su taller para comenzar a darle forma a su nueva inspiración.

V

De la talla de aquel formidable tronco de madera ligera resultó un pequeño muñeco, al que había dotado de articulaciones en las muñecas y los codos, incluso en sus rodillas. Por último, siguiendo las instrucciones que le había indicado el extraño huésped de la tormenta, de aquel pedazo de tela envejecida el señor Brown deshilachó docenas de hilos extraordinariamente finos. Estos eran tan delgados e imperceptibles a la vista, que le resultaron maravillosos para utilizarlos y darle movimiento a

los juguetes que había fabricado, pero sobre todo a los viejos títeres que tenía guardados en su taller.

El melancólico y apenado imaginero siguió trabajando sin parar durante meses, pasaba horas y horas enteras sin detenerse a descansar ni comer siquiera. Daba la impresión de que Howard buscaba traer de vuelta con aflicción, algo que la vida misma le había arrebatado, pero sin darse cuenta, con cada lágrima que iba derramando sobre aquella pieza única de madera, esta se iba ablandando más y más. Siendo así, una vez que terminó por completo de esculpir su obra, Howard permaneció semanas sin salir de su taller, admirando su mágica creación.

«Me pregunto ¿dónde lo habrá cortado? Jamás había visto algo así antes. ¿De qué bosque pudo haber traído la pieza? No conozco un solo árbol en la comarca y tampoco corteza que se le parezca —cavilaba Howard sin poder salir de su asombro, mientras recorría dudoso con la vista los picos nevados—. ¡No, no es posible! La mañana que me dio el tronco, estaba tan pesa...

»yo mismo tuve que traerla arrastrada por todo el valle hasta Arrás. El madero pesaba demasiado como para que el anciano viniera subiendo con él por el valle, y es imposible que lo haya traído a cuestras a través de las montañas. ¿Cómo es posible que ahora pese menos que una simple marioneta de trapo?

Lo más extraño de todo no era la suavidad ni la delicadeza de la nueva pieza terminada, tampoco el hecho de que aquella corteza de madera le resultara desconocida. De manera inexplicable, trascendió con los días que su hermosa obra se había estirado, es decir, había crecido de tamaño. La extraordinaria flexibilidad de su creación le proporcionaba una articulación casi real a su nueva marioneta. Howard creyó de pronto que ante él se estaba revelando una pieza única e invaluable, puesto que consideró que nunca más podría volver a hacer un muñeco de madera igual. Ni siquiera él mismo estaba convencido de que su nueva marioneta hubiera sido esculpida a partir de un simple y pequeño pedazo de madera.

La misma mañana que el señor Brown exhibió aquella obra de arte en el aparador de su taller, la noticia recorrió como pólvora las únicas tres calles que había en toda la comarca de Arrás. No terminaba aún de ponerse el mediodía, cuando los chicos del pueblo comenzaban a agolparse en el ventanal de su taller para rivalizar por un lugar privilegiado donde poder admirar al nuevo muñeco movido por aquellos hilos invisibles. En más de una ocasión, uno que otro ferretero o propietario de alguna modesta tienda, ofreció comprarle su marioneta por una buena suma de dinero como regalo para su hijo, pero aquel magnífico

muñeco de madera no estaba a la venta.

Como llegó a hacerlo en tiempos anteriores con sus viejos muñecos de madera, día tras día, Howard Brown volvía a dar vida a su nueva creación a través de las hebras invisibles que esta vez había colocado a su marioneta, fascinando con su teatro casi realista, tanto a pequeños como adultos. Pero una vez que terminaba la función, desconectaba los hilos de su muñeco y lo retiraba del aparador, dejando expuestos en la vitrina solo a sus antiguos y olvidados espantajos, aquellos que ya nadie en la comarca tenía interés de volver a ver.

—¡Es asombroso Howard! Me parece que es el más hermoso de los espectáculos que haya visto en tu vitrina. Tu nuevo muñeco se ve tan verdadero... es tan parecido a tu... —aseguró Eva, seducida por el encanto de aquel maravilloso espectáculo—. Si no lo estuviera viendo, ni yo misma lo creería. ¿Cómo te las arreglas Howard, para que tu marioneta se vea tan real? ¿Cómo haces para que se mueva sin necesidad de usar hilos?

—¿Puedes decirnos de qué madera está hecha, o de qué lugar la has traído? —preguntó Jim.

—Ni yo mismo lo sé amigos, y dudo que pueda encontrar en los bosques de Arrás algo parecido. Sin embargo, me la dio un anciano viajero que se me apareció en mitad de una terrible tormenta de nieve. Fue la misma tarde en que murió la mula que tiraba de mi carreta.

—¿Tormenta de nieve? —Jim y Eva se vieron las caras extrañados—. ¿De qué tormenta hablas? En toda Arrás no ha caído un solo copo de nieve en meses, por un momento creímos que iba a llover, pero no fue así. Bueno, ¿tienes pensado conseguir más de esa madera para tallar otro muñeco igual, Howard?

—Estoy seguro de que jamás conseguiré hacer un muñeco igual. Nunca en mi vida había visto una pieza de madera parecida. Supongo que debe ser de algún árbol ya desaparecido al otro lado de las montañas.

—Ahora mismo, Jim y yo iremos a contarles a nuestros niños para que no se pierdan tu espectáculo de mañana en la tarde. Eres un ángel, es por eso que los chicos te quieren, ¿lo sabías? —dijo Eva.

—Bueno, no exageres —musitó el viejo.

VI

Los años fueron transcurriendo en el aislado valle de san Arrás, los niños de entonces crecieron y estos también tuvieron niños. No solo el tiempo fue envejeciendo el pequeño taller de marionetas, los cabellos de Howard,

al igual que los de su pequeño muñeco, también se fueron blanqueando hasta que se hizo un anciano. Fiel a los recuerdos de su inolvidable Cathy y su pequeño Bennie, el triste y melancólico Howard Brown jamás volvió a casarse. A pesar de que nunca volvió a tallar un solo muñeco por el resto de su vida, el viejo Brown no dejó de ofrecer la función que siempre daba en el aparador de su taller para deleitar a las nuevas generaciones de chiquillos que se acercaban a su tienda para disfrutar de su mágico espectáculo.

Cierto día, la pequeña hija de un rico hacendado que se había establecido en el pueblo hacía algún tiempo, cada vez que cumplía años pedía a su padre que le comprara el muñeco de madera que había en el aparador de la tienda de títeres. Pero, el ya anciano Howard cada vez se excusaba con amabilidad diciendo que no estaba interesado en venderlo. La chiquilla —no tan chiquilla, ya que tenía 8 años de edad— igual que una mula terca, se había empeñado en el impávido muñeco. No pudiendo entender las absurdas razones por las que el anciano no hubiera querido venderle a su padre una simple marioneta de madera, en cierta ocasión, habiendo alcanzado casi su noveno cumpleaños, la niña se las ingenió para escurrirse a escondidas en la tienda del señor Brown. En momentos que el fatigado Howard estaba distraído realizando uno de sus actos con la marioneta, ocultándose en el interior de un pequeño gabinete, la intrépida cumpleañosera se aventuró a robar la marioneta a como diera lugar.

Habiendo concluido la función de la tarde, luego de que Howard hubiera cerrado su tienda y sentara al muñeco a la mesa mientras él se disponía a comer, la osada pequeña aguardó a que llegara el momento oportuno para llevar a cabo su "inocente" plan.

Cuando estuvo a punto casi de salir de su escondite, una extraña conversación la desconectó un momento de sus osadas intenciones.

—¿Sabes, Bennie?, cada vez me siento más cansado. Pienso que pronto no podré seguir haciendo este trabajo para divertir a los niños por mucho más tiempo —explicaba Howard al muñeco de madera—. No sé cómo podré agradecerte el que hayas sido un magnífico hijo todos estos años. Me preocupa cuando llegue el momento de quedarte solo.

Howard hizo una breve pausa, al tiempo que observaba en silencio a su muñeco. Acto seguido, el anciano asintió con un leve vaivén. La pequeña no aguantó la curiosidad y, con cierta aprensión, asomó la cabeza de manera sigilosa para contemplar la extraña escena.

—Sí, lo sé, hijo mío. Me lo has dicho varias veces. También sé que regresarás a las montañas para despedirte de tu padrino. Sin embargo, creo que mis días en el taller están llegando a su hora, al fin podré reunirme con ustedes dentro de poco. Solo es cuestión de tiempo... Sí, es

solo cuestión de tiempo.

«¿Por qué habla con la marioneta?, es solo un muñeco de palo», se preguntó la niña.

—¡Si papi!... Mami y yo estamos ansiosos de que por fin vuelvas con nosotros, y podamos reunirnos los tres en el cielo.

La aterrada pequeña corrió a casa para explicarles a sus padres todo lo que había escuchado, y decirles que el señor Brown no solo estaba loco, sino que el muñeco de madera hablaba también con él. Alarmados por el extraño relato, estos informaron de inmediato lo que había sucedido a las autoridades. El rumor se extendió enseguida a varios pobladores de la comarca, quienes espantados fueron a la mañana siguiente al taller para averiguar por qué la niña se había atemorizado de esa manera. Más atrás llegaron Eva y Jim.

Al taller acudieron el padre de la niña con el alcalde, sus ayudantes y varios acompañantes. Al ver que nadie abría, como pudieron forzaron la puerta llevándose una espeluznante sorpresa. Contemplaron dos cirios encendidos, uno a cada lado de un largo féretro de madera, iluminando el solitario recinto.

—Pero... ¿Qué significa esto? —preguntaron el alcalde y el padre de la chiquilla horrorizados por lo que estaban observando.

Howard Brown se encontraba encerrado en el ataúd con la tapa totalmente sellada a la caja. A un lado del féretro de madera, permanecía inmóvil y sentado en una silla, la marioneta de Howard con aspecto flemático, su última creación, con la mirada fija sobre la urna.

—¡Dios mío...! ¿Qué es todo esto...? —balbucearon Eva y Jim, sin poder dar crédito a la dantesca escena que estaban viendo—. ¡Oh no, Ho...ward, amigo!

—¡Qué horror! —gritó una mujer que estaba presente—. ¡Es enfermizo!

—Ya no quiero ese muñeco, no lo quiero... —gritó la pequeña, al tiempo que corrió aterrorizada fuera del viejo taller.

Como si se trataba de cualquier maderero de oficio, los vecinos advirtieron estupefactos que la marioneta del señor Howard Brown sostenía en la mano un martillo de carpintero y que unos pocos clavos los tenía sujetos con la boca...